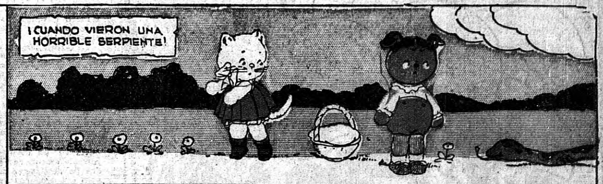
COLOR HISTORIETAS — CRITICA — COLOR PARA NIÑOS

Aparece los Sábados — Suplemento Cómico de CRITICA en Multicolor — Abril 11 de 1931











MOCITO Y PALOMINA

Por G. G. DRAYTON







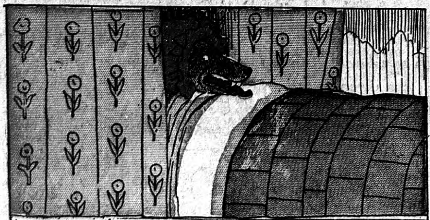




EL LOBO PARTIÓ Y, A LARGOS TRANCOS LLEGÓ A CASA DE LA ABUELITA, GOLPEÓ LA PUERTA DICIENDO: ¡ABRID QUE SOY TU NIETITA QUE VENGO A TRAERTE PROVISIONES, "PERO, COMO NADIE CONTESTARA, ENTRÓ COMO PEDRO POR SU CASA, DISPUESTO A CUALQUIER COSA...

?







¡ABUELITA, ABUELITA! ¡QUÉ CAMBIADA ESTÁS! "EXCLAMÓ CAPERUCITA ROJA AL VERLA. "ANTES NO ERAS ASÍ. A VER, MOSTRAME LAS MANOS.."

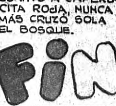


EL LOBO SACÓ LAS MANOS. CAPERUCITA GRITÓ ¡QUÉ VELLUDAS QUE ESTÁN, Y TIRANDO LA CANASTA SE DISPUSO A HUIR, PERO LA FIERA MOSTRANDO SUS TERRIBLES DIENTES Y PROFIRIENDO AMENAZAS, QUISO SALTAR SOBRE ELLOS PARA DEVORARLOS.



CONFITE, QUE HABÍA RECONOCIDO, APENAS ENTRÓ, AL LOBO, FUÉ EN BUSCA DE UN HACHA Y LLEGÓ EN EL PRECISO MOMENTO EN QUE ÉSTE, POR QUERER SALTAR, LO HIZO CON TAN MALA SUERTE QUE CAYÓ DE ESPALDAS EN EL SUELO. SIN VACILAR CONFITE LE HUNDIÓ EL HACHA EN LA BARRIGA.

LUEGO VOLVIERON A CASA DE LA MADRE DE CAPERUCITA, LA CUAL, AL SABER LO SUCEDIDO, COLGÓ UNA MEDALLA EN EL PECHO DE CADA UNO DE LOS SALVADORES DE SU HIJITA, CUBRIÉNDOLOS DE BESOS Y DE CARICIAS. EN CUANTO A CAPERUCITA ROJA, NUNCA MÁS CRUZÓ SOLA EL BOSQUE.





Maravillosas aventuras del ratón "Mickey" por N. D. Sierra



"El ratoncito comenzó a hacerle cosquillas...:"

De cómo el Ratón Mickey fué expulsado del país de los ratones y al llegar al de los enanos pudo salvar al hada Puraflor

VAMOS a iniciar el relato de las maravillosas aventuras del Ratón Mickey, ese simpático ratoncito que ha llegado a ser hasta destacada estrella del cine, donde hace de Ramón Novarro de las lauchitas que se creen Gretas Garbos; y tanto nos alegra con sus picardías. Porque ustedes sabrán que la vida del Ratón Mickey está llena de los más raros acontecimientos, justamente debido a que él es un demonio que se mete hasta donde no lo llaman. La verdad es que el Ratón Mickey fué expulsado del país de los ratones porque su conducta daba demasiado que hacer. Los ratones, como todos sabemos, son unos animalitos muy serios y trabajadores. La única broma que se permiten es conocer el queso de las tramperas y no caer en ellas, con gran disgusto de nuestras mamás, que cuando descubren el hecho no hacen más que decir: ¡Pero qué canallas! ¡Se han comido el queso y han fugado!

Pues bien, ya desde chico el Ratón Mickey fué la preocupación de sus papás. Cuando lo enviaron al colegio a aprender a roer queso, y a no confundir la mostaza con un dulce, para que cuando le tocara trabajar en alguna despensa no se equivocara, Mickey, en lugar de estudiar se hacía la rabona, jugando al football en las azoteas con otro atorrantito como él, que se llamaba el Gato Félix. Cuando los ratones supieron que Mickey jugaba con un gato, se pusieron furiosos, porque el gato es el peor enemigo de ellos, al punto que cuando en una casa hay buenos gatos no aparecen los ratones ni por broma. El caso es que los papás de nuestro amigo lo castigaron seriamente, y durante varias semanas lo tuvieron sin postre, y no le permitieron asomarse a un agujero, que tenía la ratonera, que daba justo a un cinematógrafo, y desde donde los ratones se divertían todas las noches viendo cine

Cuando Mickey fué más grande, e ingresó en la Facultad de Ingeniería, para estudiar la confección de túneles, aquello fué un desastre. En lugar de estudiar se pasaba el día dando serenatas a las lauchitas, o ensayando con ellas nuevos pasos de baile.

Cierto día que todos los ratones tuvieron que salir para atacar una cocina bien provista, Mickey quedó al cuidado de los alimentos depositados en la ratonera. En lugar de cuidarlos llamó a su amigo, el Gato Félix, y los perritos, Confite, de don Pánfilo, y Trompeta, que eran sus amigos, y entre todos se dieron el gran banquete, comiendo cuanto había en la ratonera. Cuando llegaron los ratones y vieron el desastre, el escándalo que se armó fué espantoso. Los ratones más ancianos se reunieron en Consejo, resolviendo, después de una gran discusión, expulsar a Mickey de la ratonera, declarándolo indigno de ser ratón, y de pertenecer a un país tan ilustre como el de ellos, que tenían antepasados tan gloriosos como el ratón Pérez, aquél "que se cayó en la olla".

Las ratitas y las lauchitas, que eran todas amigas de Mickey, porque jugaba siempre con ellas, comenzaron a llorar desconsoladamente, y eran tantas las lágrimas, que si el Consejo de los Ratones Ancianos no se impone, ordenando que no se llorara más, la ratonera se hubiera inundado. Mickey no se afligió. Hizo un atadito de su ropa, se lo ató a la cola, y silbando un pasodoble desfiló por la calle principal del país de los ratones, hasta llegar a la salida, donde estaba el gato Félix, no sabemos si esperándolo a él o esperando que saliera algún ratón para engullírselo.

Mickey le relató lo sucedido, y entonces Félix lo invitó a subir sobre sus espaldas, y cuando así lo hubo hecho, Félix partió a toda carrera, hasta llegar a la vera de un camino donde Mickey descendió de su improvisado automóvil y se despidió de su amigo, dispuesto a ir a correr mundo.

Mickey sabía que existía cierto país que se llamaba de los animales alegres, donde vivían todos los animales que como él habían sido expulsados de sus países, por ser poco serios. Pero aquel país estaba muy lejos. Mirando a su alrededor Mickey vió que sobre un árbol descansaba un feo cuervo, y entonces se dijo: "Vaya, este es un buen modelo de aeroplano para ir al país de los animales alegres". Se acercó al árbol y comenzó a exclamar: "¡Qué hermoso pájaro! ¡Volando debe ser una maravilla! ¡Cantando el ruiseñor debe parecer a su lado un órgano desafinado!"

El cuervo, muy vanidoso, al oir aquellos elogios se puso a graznar en forma desagradable, porque como ustedes saben, el cuervo no sabe cantar pero Mickey, que era un pícaro, comenzó a decir: "¡Vaya señor Cuervo, que en mi vida he oído un canto más delicioso!" y después continuó: "¡Lo que me agradaría de verdad es verlo volar, porque me han dicho que cuando usted vuela sus alas parecen de raso y oro!" Y el muy tonto del cuervo comenzó a volar alrededor de Mickey, mientras éste exclamaba a gritos: "¡Qué maravilloso! ¡Cuánto siento que el señor Cuervo no me lleve a dar un paseo por los aires llevado por sus alas que parecen hechas de piedras preciosas!"

La estratagema le dió resultado. El cuervo muy ufano lo invitó a subir encima suyo, y poco después Mickey viajaba por el aire como si fuera un gran aviador, llevado por el tonto del cuervo que se había creído todo lo que Mickey le dijera. Cuando hacía varias horas que volaban, descendieron para descansar, en una pequeña brecha que había en un hermoso bosque. Inmediatamente se vieron rodeados de centenares de enanitos, pero tan pequeños que parecían hormiguitas. En forma amenazante rodearon a Mickey, pero éste, que se había resfriado un poco durante el paseo por el aire, pegó un estornudo que dió por tierra e hizo volar por los aires a más de mil enanitos. Entonces un enanito de barba, que parecía el rey, se subió por la cola de Mickey, después trepó por el cuerpo, y cuando estuvo cerca de la oreja se sentó en ella y le dijo: "¿Quién eres y de dónde vienes?" Mickey repuso: "Soy el ratón Mickey, que he venido sobre las alas de raso y oro del señor Cuervo". Al oir el rey y los enanitos que el cuervo tenía alas de raso y oro, les dió un ataque de risa tan grande que parecía que no iba a terminar nunca, y, es claro, Mickey también se reía, con lo cual el cuervo terminó por darse cuenta de que había sido víctima de una burla y, todo enojado, emprendió vuelo de regreso. Y esto deben pensarlo los niños, pues demuestra que no siempre hay que hacer caso a los elogios que nos hacen, sino ser buenos, limpios, estudiosos y respetuosos para merecer los elogios. Pues bien, cuando terminó lo risa de los enanitos, se pusieron todos a llorar, y entonces Mickey les preguntó qué les pasaba. "Nosotros tenemos miedo de que usted sea amigo del ogro", le dijo el que parecía ser el rey.

"Yo no soy amigo de ningún gigante — repuso Mickey — sino de todos los débiles y los pequeñuelos, así que soy amigo de ustedes. Ahora díganme quién es ese ogro".

Antes de seguir es bueno que sepan que Mickey tenía que hablar con voz baja, porque si no los enanitos se tapaban los oídos diciendo que tenía la voz del trueno, cosa que hizo mucha gracia a nuestro amigo.

La alegría de los enanitos cuando el ratón les dijo que era amigo de ellos fué enorme, y entonces lo invitaron a quedarse con ellos, así los ayudaba contra el ogro, explicándole en detalle lo que les pasaba.

Resulta que aquellos enanitos eran amigos del Hada Puraflor, la cual andando con ellos por el bosque se había quedado dormida, momento que aprovechó un gran ogro para robarle la varita mágica y enterrarla en el bosque, llevándose luego la princesa para darse con ella una buena comida.

Como el Hada no tenía la varita mágica, carecía de todo poder para salvarse y entonces los enanitos se habían dedicado a cavar en el sitio donde el ogro la enterrara, pero el pozo era muy hondo y los enanitos tan chiquititos que por más que cavaban y cavaban apenas si en dos días habían logrado excavar dos céntimetros de hondura. El rey explicó a Mickey que pocos minutos después el ogro se sentaría a comer y se comería al Hada Puraflor, salvo que alguien lo evitara, pues se daba el caso curioso de que si al llevarse a la boca al Hada, alguien evitara que el ogro la comiera, éste, del disgusto, quedaría como desmayado, dando tiempo al Hada y a los enanitos para huir del bosque. Al oir aquello Mickey concibió enseguida una linda idea. Se hizo señalar el sitio donde estaba el ogro. Al verlo Mickey se rascó la oreja; aquello era una inmensa mole de carne tirada en un claro del bosque. Pero Mickey era un ratón de mucho ingenio y así fué como, despacio, despacito, se fué subiendo por las ropas del ogro hasta llegar al cuello. Una vez allí, de un salto se agarró de un cabello del ogro y haciendo de hamaca cayó sobre la oreja del gigante. Este apenas movió la mano como para espantar una mosca. Sentado en la oreja Mickey sacó de su bolsillo unos anteojos de larga vista que llevaba, para ver lo que el gigante hacía, y ¡vió...! Nada menos que en aquél momento su mano tenía agarrada al Hada Puraflor e iba a comérsela, pese a los llantos de ella. Rápidamente Mickey se metió dentro de la oreja del ogro y comenzó a hacerle cosquillas. El ogro lanzó una carcajada tan grande que hasta los árboles del bosque temblaron de miedo, e instantáneamente cayó desmayado.

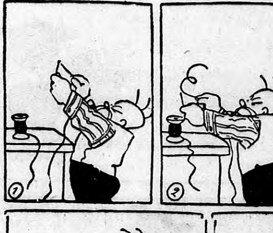
Lo que había pasado era muy sencillo. Mickey le había hecho cosquillas en el momento justo en que el ogro se iba a comer a Puraflor, y la risa hizo que no pudiera engullírsela. Y ustedes ya saben, porque el rey se lo dijo al Ratón Mickey, que se daba el caso curioso de que si al llevarse el ogro a la boca un alimento, alguien evitaba que lo comiera, el ogro caería desmayado.

Pues bien, en cuanto el ogro quedó como dormido en el suelo, los enanitos, a millares, se subieron por sus ropas hasta buscar a Puraflor y salvarla, pero Mickey, más vivo que ellos, se ocupaba de otra cosa: de cavar con toda su ciencia de ratón, práctico en hacer túneles, en el sitio donde el ogro había enterrado la varita mágica de Puraflor. Y como buen ratón que era, pronto desapareció bajo tierra cavando y cavando, hasta que al rato apareció triunfante, trayendo la varita mágica entre los dientes. Y cuando Puraflor tuvo la varita en sus manos transformó al ogro en una mosca que hechó a volar toda enojada por el bosque, hasta caer dentro de una telaraña, de la que no pudo desprenderse, y donde la señora araña la comió, dándose un suculento banquete.

Y los enanitos hicieron grandes fiestas en honor de Mickey, que como era un ratón muy andariego, no se quiso quedar entre ellos, y siguió corriendo mundo, en busca del país de los animales alegres.

La Utilidad del Embudo

Por O. JACOBSSON









Un Abordaje en Alta Mar

por Mario Castro

A mi abuelita.

Hallábame un día de viaje hacia la India a bordo del vapor María de Prusia, cuando el vigía apostado en la punta del palo mayor, gritó con la potente y recia voz peculiar en los viejos lobos de mar:

—¡Piratas a sotavento!...

Todos miramos en la dirección indicada divisando vagamente la silueta de un buque que enfilaba su proa hacia el nuestro.

Inmediatamente se nos proveyó de sables, mientras los ancianos, las mujeres y los niños fueron conducidos a la bodega.

Al fin se nos vino encima aquella horda brutal y sanguinaria. Entonces, se libró una lucha terrible. Mandobles por aquí; sablazos por allá. De pronto sentí un agudo dolor en la espalda; uno de los piratas habíame arrojado un puñal.

Cuando recobré el conocimiento traté de coordinar mis ideas, pero, me hallaba muy fatigado y débil. De improviso se presentaron varios corsarios, los cuales me aseguraron manos y piernas y me transportaron hasta una caverna construída en una enorme roca. Cuando éstos se fueron, traté de aflojar mis ligaduras, mas no tardé en darme cuenta de que no conseguiría mi propósito.



Mario Castro, autor del cuento titulado "Un abordaje en alta mar", es un niño de 11 años de edad. Publicamos el presente trabajo como una muestra interesante de imaginación y clara inteligencia poco común y reveladora de cierta precocidad intelectual.

Recién entonces se me ocurrió pensar en hacer un examen de la caverna. Arrastrándome como pude, di vueltas y más vueltas hasta que mi mano se apoyó sobre un objeto duro y frío. Pronto me di cuenta de que era un cuchillo. Tras no pocos esfuerzos conseguí cortar mis ligaduras. Minutos después entró uno de los piratas trayéndome alimentos. Yo ya estaba prevenido, así que cuando éste entró me avalancé sobre él derribándolo. Acto seguido lo despojé de sus armas y ropas, colocándomelas.

Luego, me presenté ante el capitán diciendo:

—He concluído, Barba Roja

—Bien. Prepara nuestros hombres que haremos correrías por el mar.

Todos ignoraban mi verdadera identidad. Horas después perdíamos de vista las islas Laquedivas navegando con rumbo hacia Bombay. Cuando desembarcamos me introduje por un sin fin de callejuelas hasta que llegué a una casa muy vieja. Llamé a la puerta tres veces saliendo a recibirme un chino de baja estatura que dijo:

—Vuestros compañeros se hallan en la habitación contigua.

Mis camaradas me recibieron con grandes muestras de alegría y así proseguí el comercio de sedas sin olvidarme núnca de aquella rara aventura.

La Proclama de Napoleón

Napoleón para arrojar a los austriacos de la fortaleza de Mantua y hacer frente a los nuevos ejércitos enemigos que habrian bajado al Tirol, entusiasmó de heroismo a sus soldados con esta proclama:

"Soldados: habéis bajado como un torrente desde la cumbre del Apenino. Habéis derribado y dispersado todo lo que se oponía a vuestro paso. El Piamonte, libertado de la tiranía austriaca, ha vuelto a sus naturales sentimientos de paz y de amistad para con la Francia. Milán es vuestra y el pabellón republicano se extiende sobre toda la Lombardía. Los duques de Parma y de Módena no deben su existencia política sino a vuestra generosidad. El ejército que os amenazaba con orgullo, ya no encuentra barreras que le sirvan de escudo para vuestro valor El Po, el Tessin y el Adda no han podido detener ni un solo día vuestra marcha; estos baluartes de Italia, tan decantados, fueron impotentes y vosotros los habéis vadeado con la misma rapidez con que habéis pasado el Apenino. Tantos triunfos llevaron el regocijo a la patria y vuestros representantes decretarán una fiesta dedicada a vuestras victorias que se celebrará con pompa solemne en todas las comunas de la república. Allá, vuestros padres, vuestras madres, vuestras esposas, se alegran de vuestros buenos sucesos y se glorian de perteneceros. Sí, ¡oh soldados!, mucho es lo que habéis hecho... Pero, ¿nada os queda ya por hacer?... Se dirá de nosotros que hemos sabido vencer, pero, no hemos sabido sacar provecho de la victoria. ¿Deberá la posteridad echarnos en cara el haber hallado en la Lombardía una segunda Capua?... Pero, ya os veo correr a las armas... Pues bien, partamos. Aun nos quedan marchas forzadas que hacer, enemigos que someter, laureles que cosechar e injurias que vengar. ¡Los que han afilado el puñal de la guerra civil en Francia, quemando nuestras naves en Tolón, tiemblen! La hora de la venganza está cercana, pero, los pueblos tranquilícense.

Nosotros somos amigos de todos los pueblos y especialmente de los descendientes de los Escipiones y de los grandes hombres que hemos tomado por modelo. Nuestras victorias harán época en las páginas de la Historia; "Vosotros tenéis la gloria inmortal de cambiar la faz de la región más hermosa de Europa". El pueblo francés, libre y respetado por el mundo entero, dará a la Europa una paz gloriosa que la recompensará con creces de los sacrificios de todo género que ha hecho durante los últimos años. Vosotros, entonces, regresaréis a vuestros hogares y vuestros conciudadanos, señalándoos con el dedo, dirán: "El ha militado en el ejército de Italia".

ESCALOPE Y SEVERINA



Los Humildes Servidores de un Gran Hotel — por Jack Lait y Paul Fung







LA SUERTE DE LAUCHA

Hazañas Cinematográficas — por Lym Young









Júpiter y el Caballo

—Padre de las fieras y de los hombres — así decía el caballo ante el trono de Júpiter — es posible que yo sea una de tus más bellas obras, y así lo creo para satisfacción propia. Pero, ¿no habría algo que perfeccionar en mí?

—¿Qué es lo que a tu juicio puedo mejorar en ti? Veamos.

—Quizás — respondió el caballo — sería yo mejor corredor si mis patas fuesen más altas y sutiles. Un cuello como el del cisne no me vendría mal. Un pecho más ancho que este aumentaría mi fuerza. Y, ya que has destinado obligándome a llevar sobre mí al hombre, tu favorito, podría muy bien tener por naturaleza la silla que los mortales me ponen para montarme.

Júpiter, revestido de seriedad, pronunció la palabra de la creación. Y he aquí que la vida brotó del polvo: se animó la materia y repentinamente apareció ante el trono... el camello.

El caballo lo vió y tembló.

—Ahí tienes — dijo Júpiter — patas más altas y sutiles, un cuello más largo, un pecho más ancho y una hermosa silla natural. ¿Quiéres, caballo, que te transforme en tal guisa?

El caballo temblaba.

—Vete — prosiguió Júpiter — y que te baste por esta vez la advertencia. Y para que jamás se borre de tu memoria tu impertinencia y te dure el arrepentimiento, quédate tú también en el mundo — y Júpiter echó al camello mirada de conservación; —¡pero que jamás te vea el caballo sin echarse a temblar!





















LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI





















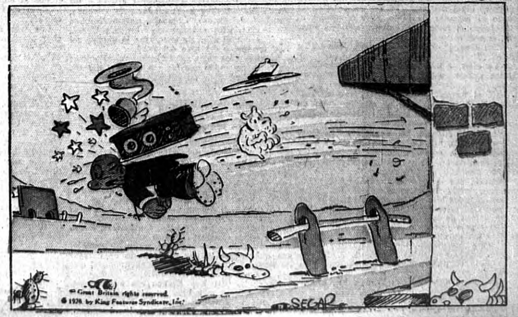














El Tesoro de la Ciudad de los Césares

Novela de aventuras, original del célebre escritor yanqui Milton Harvey, cuyos derechos de publicación en castellano ha adquirido con carácter exclusivo CRITICA

EPISODIO V

"Tucapel, el Descendiente de los Toquis"

I
MILLACHEO
DONDE HAY ORO

AL resplandor de una hoguera, dos hombres hablan en baja voz. En la noche blanca de la Cordillera, sopla un viento cortante y frío. Los dos hombres, con el rostro semioculto en amplias bufandas, restregan sus manos entumecidas al calor de la lumbre.

—¡Tiempo de perros rabiosos, Bill...!

—¡Al diablo con el vientecillo, Resneck...!

El jefe y el segundo de la banda del Norte, habían acampado con los demás bandidos, junto al volcán Copahue, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar. Ya no comentaban el asalto al pagador de Mina Roja y apenas si recordaban el reciente encuentro con "El Guapo", el comisario de Ñorquin.

—"El Guapo" no se atreverá, Bill. ¿Tu crees...?

—Yo creo — interrumpió Bill, — que deberíamos cruzar la frontera e internarnos en Chile.

—¿Y el tesoro? ¿Acaso alguna vez retrocedimos Bill? ¿O será preciso que imponga de nuevo pena de muerte a quien pretenda volver atrás?

Bill guardó silencio. Bill conocía a "El Guapo" y le temía. "El Guapo" no era hombre de abandonar una empresa porque sí. Jamás se dió el caso de que el comisario de Ñorquin dejara de terminar su pesquisa.

Resneck, por el contrario, envalentonado de sí mismo, creía haberse adueñado del factor suerte en todas las aventuras y jamás se le había ocurrido pensar que pudiera dejar el pellejo en manos de la justicia.

—El legajo nos dice que el lugar del tesoro se halla aproximadamente en la Región de los Lagos. Es preciso llegar hasta allí. También el legajo explica el secreto de Millacheo. ¿Acaso no es posible descubrir oro en Millacheo?

—Millacheo quiere decir: "Donde hay oro".

—Iremos a Millacheo, entonces, Bill.

—Jefe: Millacheo está en la boca del cañadón de Zapala. Y bien podría ser esa la boca del lobo.

Resneck, el de la cicatriz en el mentón, sonrió. Luego, se puso de pie e introduciéndose dos dedos en la boca, emitió un prolongado silbido. No tardó en presentarse uno de los bandoleros:

—Que preparen los caballos y las provisiones para mañana a primera hora. ¿Entendido?

—Entendido, jefe.

Resneck alejóse de la hoguera y Bill se quedó solo con sus pensamientos. Y los temores de Bill tenían en verdad mucho fundamento. Porque si en ese instante Resneck hubiese visto la actividad desplegada por "El Guapo" en la comisaría de Ñorquin, quizás disminuyera notablemente su optimismo.

II
LOS AVENTUREROS
LA HISTORIA DE LA CIUDAD DE LOS CESARES

RESNECK, jefe de los bandoleros del Norte, que asolaban la Patagonia Argentina, tenía en su poder el legajo del tesoro de la ciudad de los Césares. El precioso documento narraba la historia de la aventura y explicaba el por qué de esa denominación.

Después de haber fundado Sebastián Gaboto el Fuerte de Sancti Spiritu, en la embocadura del Carcarañá, atrajo hacia él a los indios timbúes y caracaras, deseoso de conocer con datos precisos, la residencia del Rey Blanco, dueño de incalculables riquezas.

¿Quién era el Rey Blanco? ¿Y cuál la ciudad donde moraba? ¿Vivía en el Norte o en el Sur? ¿Sería acaso un heredero del inca Yupanqui, que reinaba en el Perú hacia el año de 1450?

Cuatro aventureros con la obsesión de la magnífica ciudad ignorada, resolvieron iniciar la expedición cuyo mando ejerció desde el primer momento un audaz capitán, llamado César, por lo cual llamóse a estos aventureros "Los cuatro Césares".

Por caminos desconocidos, atravesando desiertos interminables, peligrosas selvas, ríos y montañas, los cuatro aventureros cruzaron las provincias que hoy se denominan de Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca, Los Andes (1), para encaminarse luego a Cuzco, guiados por el afán de encontrar la ciudad del Rey Blanco, o del Inca del Perú.

Los hombres de la aventura fueron el primer asombro del indio que los vió llegar como enviados extraños de un extraño Dios.

III
EL REY BLANCO
DE LA PROVINCIA DE TRAPALANDA

POR fin llegaron los cuatro aventureros de la expedición de Sebastián Gaboto, a una región ubicada no muy lejos del estrecho de Magallanes. Y allí, en la provincia que llamaron de Trapalanda, hallaron la buscada ciudad esplendorosa del Rey Blanco. Los cuatro aventureros creyeron hallarse en un sueño resplandeciente: la fabulosa urbe surgía ante ellos brillante de oro, plata, piedras preciosas, como una ciudad de los cuentos fantásticos, construída sobre cimientos de oro macizo.

Después de ellos, muchos fueron los codiciosos que, tentados por el afán de apoderarse de tantas riquezas, intentaron excursiones, que por lo general tuvieron mal fin.

La ciudad del Rey Blanco era maravillosa. Su rey parecía más bien un extranjero trasplantado a la Patagonia y sus habitantes tenían cierta similitud física con los europeos. La ciudad se llamó después de los Césares, en homenaje a la intrepidez y al valor de los cuatro soldados de Gaboto.

Al cabo de los siglos, el tesoro tentaba a los hombres. Allí, viviendo peligros trágicos, estaban Jimmy, Joe, Dick, Eleonor y el pequeño Jack. Y a pocos kilómetros, Resneck releía la historia que narraba el legajo de la Ciudad de los Césares.

Resneck pretendía adueñarse del inmenso tesoro. A costa de cualquier sacrificio estaba decidido a conquistarlo. Pero, si es que existe una Justicia Divina, el hombre de la cicatriz en el mentón no llevaría a buen término su aventura. Porque antes que nada, Resneck y los suyos debían de rendir cuentas de sus fechorías y de sus crímenes.

IV
EL TOQUI
VA A REVELAR SU SECRETO

TUCAPEL preparó su brebaje verde y al tiempo que llevaba la plateada bombilla a su boca, dijo:

—Yo tener Dios... Yo creer en Vilpepilvoe el Omnipotente...

Joe Mc. Lean aceptó el "mate" que le ofrecía el indio y éste le sonrió con simpatía.

—Culunantu dijo verdad... Yo no bebe caña... Gente mala roba...

Y en su media lengua el indio Tucapel explicó:

—¿Para qué trabajar? ¿Para que el ruso y el español y el turco te roben? Yo no trabajo. Otros indios y mestizos, sí. Ellos buscan oro, siembran, cuidan ganado. El ruso, el español y el turco, le dan vino. Ellos dicen:

—"Sirve vino, patrón". — Yo no quiero que me roben... Buscaremos el tesoro... Buscaremos la ciudad del Rey Blanco que dijo Culunantu al morir... Yo diré a ustedes el secreto...

Los tres camaradas se dispusieron a escuchar atentamente de labios de Tucapel el secreto del tesoro. El indio, con la mirada perdida en el horizonte, evocaba el pasado. La época en que su raza fuerte, vigorosa y noble, afirmaba su grandeza en las tierras que hoy ocupa el extranjero.

—A diez auroras de aquí está el tesoro. — dijo el indio. — No olvidar jamás el lugar. A diez auroras de aquí. Iremos con Lonco-Luan, mi fiel "Cabeza de Guanaco".

Los tres camaradas preguntaron a Tucapel quién era "Cabeza de Guanaco", y entonces el toqui lo llamó con un silbato.

—He aquí a Lonco-Luan, "Cabeza de Guanaco". Es joven y bello. Yo soy viejo y pronto cruzaré el mar hacia el occidente y mi alma reposará en Gulcheman, la morada de los hombres tramontanos. "Cabeza de Guanaco" sabrá el secreto de Curiñancu, de Culunantu y de Tucapel. "Cabeza de Guanaco" llegará al lugar donde yace sepultada la ciudad del Rey Blanco...

V
ALUMINE
LA HIJA DE "EL GUAPO"

LA llaman Aluminé. Es un bello nombre. El nombre de un lago cuyas azules aguas, brillan con luz extraordinaria.

Aluminé es una muchacha de trenzas negras y ojos del color del lago. Vive con su padre, el comisario de Ñorquin, en el paisaje cordillerano, como una flor olvidada de los hombres y protegida de las estrellas.

"El Guapo" la cuida amorosamente. La madre de la niña murió hace muchos años y su sonrisa perdura en un viejo retrato familiar.

"El Guapo" suele decir que la hija tiene la misma cara de la madre.

Aluminé es valiente como una amazona. Monta a caballo como el mejor jinete; arrea hacienda; cuida la pequeña huerta, cumple con los quehaceres de la casa. Cuando "El Guapo" retorna de sus recorridas, encuentra a su hija junto a la tranquera, con su pañuelo azul y blanco y el beso fresco apuntando en los labios.

Si alguno se atreviera a ofender de hecho o de palabra a la hija de "El Guapo" no volvería jamás, a buen seguro, a reeditar la ofensa.

"El Guapo" cuida más el hogar que la comisaría. Y en la comisaría es terriblemente severo.

En la vivienda de "El Guapo" se vive en paz. Sin embargo, el destino teje su drama. Y a pesar de la protección astral de la madre muerta, Aluminé está predestinada a correr un espantoso riesgo.

VI
EL RASTREADOR
CAE EN PODER DE LOS BANDOLEROS

—MUCHACHOS — dijo "El Guapo" a su gente, — hay que perseguir a los bandidos del Norte. ¿Hay alguno que se niegue a seguirme? Que hable y quedará aquí, al cuidado de la comisaría.

Todos, como un solo hombre, manifestaron hallarse dispuestos a marchar con "El Guapo".

—La banda del yanqui — continuó el comisario —, acampó en Copahue. Lo sé de buena fuente. Pero es indudable que no podrá permanecer allí. Si no se alejan quedarán cercados por los altos bardones de nieve. ¿Hacia dónde irán? Según mis cálculos tienen sólo dos caminos: Chile o el Sur. Si pretenden cruzar la frontera, los carabineros chilenos les impedirán el paso. Si se resuelven a volver al Sur, los detendremos nosotros. Tú, Cisneros, harás un rastreo en la zona. Vete y vuelve con noticias lo más pronto posible.

Cisneros, a quien iban dirigidas las palabras de "El Guapo", era un hombre de piel curtida, cuarentón, bigote caído, ojos vivaces. Tenía fama de buen rastreador y solía prestar mucha utilidad en la búsqueda de los delincuentes que cruzaban el territorio del Neuquén.

Cisneros salió de Ñorquin a la madrugada y ya entrada la noche se aproximó a los alrededores de Copahue. Lejos, alcanzó a distinguir el resplandor de una hoguera y a medida que se acercaba iba descubriendo a la gente de Resneck. Pero Resneck, hombre precavido, cabecilla de banda experimentado, había puesto centinelas estratégicamente y el rastreador, por primera vez en su existencia, fracasó en forma lamentable.

Bill, que hacía guardia, le salió al paso y colocándole la pistola en el pecho, le dió a voz de alto.

Cisneros había sido derrotado. Su sagacidad de nada sirvió contra las precauciones adoptadas por Resneck.

Llevado ante el jefe de los contrabandistas y salteadores, Cisneros fué interrogado:

—¿Quién te envía? — preguntóle Resneck.

—Nadie — respondió Cisneros. — He venido a pasear porque soy de estos lugares.

—¿Dónde vives?

—En Ñorquin.

—¿Qué haces?

—Trabajo la tierra y cuido los animales.

—¡Mientes, canalla! Tu formas en las filas de la gendarmería y yo mismo te he visto tirando contra nosotros. Pero es inútil que quieras engañarnos. O nos dices lo que sabes o te mando de un balazo certero al otro mundo.

Cisneros guardó silencio.

—¡Habla, por los diez mil diablejos célibes!

—He dicho todo lo que tenía que decir.

—¡Habla!

—Ni una palabra más.

—Está bien. ¡Bill...! ¡Fuera con él! Que lo sujeten y le apliquen cincuenta azotes para ver de ablandarlo.

Bill llevóse a Cisneros. Diez minutos después, un hombre se retorcía de dolor, mientras otro descargaba brutalmente sobre sus espaldas un látigo de cinco correas.

VII
TOQUE DE ALARMA
EN LA COMISARIA DE ÑORQUIN

EL segundo rastreador tuvo más suerte que Cisneros. La tardanza de este hombre decidió a "El Guapo" a enviar otro en su busca y en procura de datos. Pereyra, el indicado para la misión, volvió varias horas después con la noticia de que Cisneros había sido hecho prisionero y que los bandoleros habíanlo sometido al tormento.

"El Guapo", sin pérdida de tiempo, ordenó el toque de alarma. Inmediatamente formó la gendarmería y con el jefe a la cabeza, inició la marcha hacia el volcán Copahue, donde acampaba la gavilla de asesinos, capitaneada por el hombre de la cicatriz en el mentón.

En el trayecto, al pasar por la vivienda de "El Guapo", los gendarmes hicieron alto breves instantes. "El Guapo" dió un beso a su hija y le recomendó que clausurara las puertas por temor a cualquier sorpresa.

Desgraciadamente nada puede el hombre contra lo que está escrito y estaba escrito que Aluminé, la bella hija de la Cordillera, sufriría interminables momentos de amargura, de angustia, de pavor.

VIII
EL ATAQUE
CONTRA LA PANDILLA DEL NORTE

A Bill le faltó tiempo para comunicar el peligro que se avecinaba. Una ruda manaza lo volteó de un terrible golpe y el segundo de la banda, sin sentido, rodó por tierra. Un gendarme se abalanzó sobre el bribón y en una exhalación lo sujetó con esposas.

"El Guapo" hizo que su gente dejara las cabalgaduras y avanzó resuelto. A doscientos metros distinguió a Cisneros colgado de un árbol y entonces, enceguecido por la indignación, gritó:

—¡Adelante, valientes! ¡A matar a esas fieras...!

De una y otra parte se escuchaba el tableteo de las ametralladoras. Resneck habíase corrido hasta la Laguna Verde, cuidando de no perder de vista el caballo. Y entonces, tuvo una agachada de delincuente avezado. Una última agachada de miserable que busca su salvación, aunque por su salvación sucumban todos los que lo rodean.

Resneck ordenó formar a sus compinches.

—¡Fuego! — les dijo — ¡Fuego! ¡A no titubear un minuto!

Y mientras los asesinos pagaban la resistencia a mano armada con sus propias vidas, Resneck huía en su veloz animal.

Cuando cesó el tiroteo, "El Guapo" inspeccionó el terreno. La banda había sido exterminada y allí se veían los cadáveres de los que minutos antes obedecían la orden de Resneck.

—¿Dónde está el jefe de la gavilla...? Aquí no se ve a ese hombre — dijo "El Guapo".

Y agregó:

—Es un sujeto alto, rubio, con una cicatriz en el mentón.

—Me pareció ver huir a un hombre, comisario, pero no estoy seguro.

—Que se le busque sin tardanza.

De la banda de Resneck quedaban dos sobrevivientes. Uno de ellos, Bill, prisionero. El otro, Resneck, prófugo.

"El Guapo" regresó a su hogar. Pero, al llegar a la puerta de la vivienda se detuvo angustiado. La vivienda ardía por los cuatro costados. Desafiando el fuego, "El Guapo", se internó en las llamas gritando desesperadamente:

—¡Aluminé!... ¡Aluminé..!

Pero Aluminé, sujeta al caballo de Resneck, iba hacia un lugar ignorado.

IX
UNA OFERTA
RESNECK OFRECE VIDA POR VIDA

—"VIDA por vida", — le decía Resneck a "El Guapo" en una breve misiva.—"La libertad de Aluminé por la libertad de Bill. De lo contrario, Aluminé será sacrificada". Si Bill era puesto a disposición de la justicia, nadie lograría salvar a la hija de la Cordillera. El jefe de los asesinos daba dos días de plazo y él mismo se las ingeniaría para saber si Bill había recuperado la libertad.

"El Guapo" permaneció encerrado en su despacho de la comisaría de Ñorquin, durante un par de horas. Luego, hizo traer a su presencia a Bill.

Bill no las tenía todas consigo. Ignoraba el secuestro de la hija de "El Guapo", realizado por Resneck y por lo tanto experimentaba un profundo decaimiento, convencido de que sus compañeros habían sucumbido en el ataque de la gendarmería.

"El Guapo" le dijo:

—¿Dónde estaba el escondrijo?

—En Copahue.

—Lo sé. Pero, quiero saber dónde estaba el otro refugio.

—No conozco nada más.

Bill se extrañó sobremanera que no lo carearan con algún otro detenido y su sorpresa aumentó cuando al retirarse del despacho, custodiado por dos gendarmes, alcanzó a percibir estas palabras:

—El bandido se ha llevado a la hija del jefe...

Entonces, dueño de sí mismo, sonrió. Conocía de sobra a Resneck para no estar tranquilo respecto a su próxima libertad. Y cuando el comisario quiso interrogarlo otra vez, le respondió con esta frase cínica:

—No pierda el tiempo porque esto puede significar la muerte de su hija....

... de la Ciudad de los Césares

"El Guapo", fuera de sí, le aplicó una bofetada.

X

LA GUARIDA

DE LA FIERA Y SU PRESA

ALUMINE no pudo defenderse. Resneck había penetrado por un ventanal y antes de que la muchacha pudiera echar mano a su revólver, el jefe bandolero la sujetó en sus férreos brazos, imposibilitándola para el menor movimiento.

Una vez reducida la hija de "El Guapo", el bandido prendió fuego a la vivienda y huyó con la presa en su caballo.

En un oculto lugar llamado de Cocolog, desviándose del camino de Copahue hacia la frontera, detúvose Resneck. Era una cueva que debió ser guarida de alguna fiera en épocas pasadas, la que albergó a esta otra fiera, quizás más terrible y sanguinaria.

Aluminé, quieta en su oscuro rincón, esperó la arremetida brutal. Pero, contra lo que imaginaba, Resneck hizo derroche de amabilidad y a lo único que no accedió fué a libertarla de sus ligaduras.

—No... no... — había dicho el asaltante sonriendo.— Usted es tan peligrosa como el hombre más peligroso... Cuando su padre deje en libertad a mi camarada Bill, usted podrá retornar a Ñorquin. Mientras tanto permanecerá aquí, en mi compañía...

Resneck extendió la mano en actitud de caricia y Aluminé con un gesto de repugnancia le cortó el ademán.

—¡No me toque!... ¡No me toque!...

Resneck retiró su mano y con un rictus canalla escupió estas palabras:

—Por el momento no tiene nada que temer... Más tarde, veremos...

"El Guapo" movilizó a sus hombres y salió en busca de la muchacha robada. Ni la fatiga, ni el cansancio, ni el hambre, detenían al padre en su afanosa recorrida a través de los lugares más desolados de patagonia.

"Los cuatro aventureros creyeron hallarse en un suelo resplandeciente"

XI

MALAS NOTICIAS

TUCAPEL, JOE Y SUS CAMARADAS

LA patrulla de "El Guapo" llegó a la mísera vivienda de Tucapel e interrogó al indio sobre si había visto al bandolero y a su presa. Joe, Dick y Jimmy conocieron en este instante a "El Guapo", y se pusieron de inmediato a sus órdenes.

—Somos buscadores de oro, no salteadores y nos gusta siempre ayudar a las personas honradas...

"El Guapo" agradeció el ofrecimiento de los tres hombres y continuó su camino al frente de la patrulla.

Cuando se quedaron solos, Joe dijo a los muchachos:

—No puedo olvidarme que he sido sargento de la Policía Montada. Así como me negué a iniciar el viaje a estas regiones antes de haber eliminado a Li-Sung y a los demás exterminadores de la raza blanca, no he de preocuparme de la búsqueda del tesoro escondido hasta no dar con el paradero de Resneck y de la muchacha robada. Tucamel no despegó los labios. Pero, podríamos afirmar que íntimamente sentíase satisfecho de sus flamantes amigos del Norte.

Joe, Dick y Jimmy alejáronse hacia el volcán, pues suponían que el ex contrabandista no debería hallarse muy lejos.

XII

VIDA POR VIDA

ALUMINE SERA SACRIFICADA

EL plazo se venció y Bill no recuperó la libertad. La suerte de Aluminé estaba echada.

Resneck aguardó un día más y viendo que no se producían novedades resolvió sacrificar a su presa para luego huir hacia su país y dejar para otros el tesoro soñado.

En un rincón de la cueva dormía Aluminé. Era medianoche. Un sueño profundo alejaba a la muchacha de la triste realidad que la rodeaba y llevábala en alas de la fantasía a la felicidad, a su hogar, a la protección de su padre y de la sonrisa bondadosa del viejo retrato de la madre muerta. Desde que ocurriera la desgracia, Aluminé no había pegado los ojos.

El bandido fué acercándose al lugar donde reposaba la pobre criatura. Sus manos tocaron su rostro y se posaron sobre sus negras trenzas. Si en ese instante hubiera iluminado su linterna, Resneck se habría sorprendido de verla sonreir y jamás hubiera imaginado el sueño de Aluminé. Porque Resneck era un alma sórdida, tenebrosa, malvada y jamás comprendía otra cosa que el robo y el crimen.

Los labios del infame bandido acariciaron la frente de la niña dormida. Quizás cualquier alma caritativa deseara verla muerta antes que a merced del asesino.

Aluminé despertó en un sobresalto:

—¡Asesino!... ¡Suelte, asesino!...

Eran gritos desesperados que partían el alma. Pero, eran también inútiles, puesto que nadie podía escucharlos y nadie tampoco acudiría en su socorro.

XIII

EL DESTINO

LOS COLOCA FRENTE A FRENTE

LA vida de cada uno lleva una trayectoria trazada con anticipación. Nadie puede eludirla. Así el Destino, que es el signo de cada existencia, nos gobierna y cada una de nuestras actitudes se ajusta a lo que ya estaba determinado de antemano. Era el Destino quien iba a colocar frente a frente al ex sargento y al ex contrabandista.

Joe Mc. Lean, que se había apartado de Dick y de Jimmy, escuchó en el desolado silencio de la noche el grito de auxilio de Aluminé:

—¡Asesino!... ¡Suelte, asesino!...

En cuatro saltos estuvo en la boca de la cueva. Extrajo su pistola automática y penetró resuelto enfocando la guarida con su linterna potente.

Resneck no tuvo más remedio que obedecer. Joe le ordenó que desatara las ligaduras a la muchacha y luego ésta, con las mismas sogas, rodeó los brazos del peligroso salteador yanqui.

Aluminé se acercó a Joe y le tendió la mano. Joe Mc. Lean, que era hasta cierto punto corto de genio, retuvo entre las suyas la mano que se le ofrecía y su rostro se encendió de leve rubor.

—Gracias, señor... Usted me ha salvado. Muchas gracias. Le debo más que mi propia vida...

—Es la primera vez que sirvo para algo... — se limitó a decir Joe. Y sabía que mentía, puesto que en muchas oportunidades había demostrado servir para mucho. Joe, a tres kilómetros de distancia, encontró a sus dos compañeros y juntos custodiaron al preso y condujeron a la muchacha hasta la comisaría.

Allí les esperaba una sorpresa desagradable que les hizo fruncir el ceño. Bill, el segundo de la banda, había desaparecido. Y con Bill, el mestizo Payuca, que cuidaba la caballeriza de la comisaría.

Bill había comprado al mestizo prometiéndole compartir el tesoro de la Ciudad de los Césares y el mestizo aceptó atraído por el imán de la fortuna escondida. La misma celda que dejara Bill, fué ocupada por Resneck, el de la cicatriz en el mentón.

"El Guapo" abrazó a Joe diciéndole:

—En cualquier circunstancia, en cualquier momento y en cualquier lugar, cuando necesite de un amigo, acuérdese de mí.

Joe se despidió de "El Guapo" y volvió a estrechar la suave mano de Aluminé.

XIV

LA EVASION

BILL COMPRA AL MESTIZO

BILL fué puesto en el cepo durante muchas horas. Al anochecer, el comisario ordenó que se le encerrara con centinela a la vista, pero, como los gendarmes formaban todos en la patrulla que buscaba a Aluminé, fué encargado el mestizo Payuca de la vigilancia del preso.

Bill, detrás de las rejas, permanecía silencioso. El mestizo fumaba su cigarrillo de chala, sentado sobre los ladrillos rotos. De pronto Bill dijo en voz alta:

—¡El tesoro de la Ciudad de los Césares!... ¡Qué riqueza incalculable!... ¿Seré dueño algún día del tesoro?...

El mestizo, echando una bocanada de humo, lo miró. Bill volvió a hablar:

—Sé dónde está el tesoro. Sólo me falta ir a buscarlo...

—¿Qué dices? — preguntó Payuca.

—Que sé dónde está el tesoro de la Ciudad de los Césares.

—¡Mientes!

—¿Quieres convencerte? Acompáñame y el tesoro lo compartiremos los dos.

El mestizo Payuca hizo un gesto de duda. Y esto le bastó a Bill para insistir con habilidad en el asunto del tesoro. Le habló del legajo que guardaba el secreto y que se hallaba en poder de Resneck para señalar la conveniencia de que fuera un hijo del país el que los acompañara en su aventura.

—Puede ser que me engañes... —comenzó a decir Payuca.

—No, porque te necesito —confesó el preso.

—Bueno; escucha: iré contigo. Estoy harto de todo esto y quiero la libertad. Cualquier cosa será mejor.

El mestizo abrió las rejas de la celda y Bill respiró libremente. Sin pérdida de tiempo, evadido y cómplice ensillaron dos buenos caballos y picando espuelas trataron de poner entre ellos y la cárcel la mayor distancia posible.

Cuando Resneck se informó de la evasión de Bill, dijo con rabia entre dientes:

—Está visto que no debemos encontrarnos... ¡Suerte odiosa!...

XV

EL MESTIZO

SABE ALGO DEL TESORO ESCONDIDO

VEINTICUATRO horas después, Bill tuvo conocimiento de la captura de Resneck.

—Payuca — dijo al mestizo — ¿será posible conseguir la libertad de mi jefe?

—Difícil — respondió Payuca.

—¿Cuántos hombres quedan en la comisaría?

—Doce hombres armados.

—¿Y en los relevos?

—Por lo general el número no varía. Algunos gendarmes viven en la misma comisaría y permanecen en el local durante las horas francas.

—¿Podría llevarse un ataque contra esa gente?

—Nos faltan armas, Bill.

Bill permaneció pensativo un rato. Luego, preguntó:

—¿Sabes algo del tesoro, Payuca?

—Sé que está escondido en la región de los lagos y sé también ahora que el único ser que conoce el lugar exacto donde se encuentra enterrado es Tucapel.

—¿Hablará Tucapel?

—Lo dudo.

—¿Ni aun torturándolo?

—Lo dudo, Bill. Tucapel sólo tiene un amigo y este amigo es "Cabeza de Guanaco". A nadie, que yo sepa, contará el secreto, como no sea a "Cabeza de Guanaco".

—Escucha, Payuca. Mi plan es este: buscar inmediatamente el tesoro. Conseguir el dinero de cualquier manera y con el dinero libertar a mi jefe. ¿No crees que con billetes se consigue cualquier cosa?

—Lo creo.

—Bien; iremos en busca de Tucapel y yo me encargaré de que hable.

Mientras ocurría este diálogo, Tucapel, tendido bajo la sombra de un árbol, soñaba en la caduca grandeza de su raza.

XVI

LA SEÑAL

EL SILBATO DE "CABEZA DE GUANACO"

EL mestizo aplicó el oído a la tierra y dijo:

—Viene hacia aquí. Viene solo. Es Tucapel. No puedo engañarme.

Y como tardara en aparecer el indio, siempre con el oído en la tierra, murmuró:

—¡Maldito sea!... ¡Es desconfiado como un judío!... Tendré que llamarlo con el silbato de "Cabeza de Guanaco".

Tucapel jamás abandonaba su choza. Únicamente el llamado de su joven amigo "Cabeza de Guanaco" podía hacerle caminar. Fué así como al escuchar el silbato falso del mestizo, se encaminó hacia el sitio donde esperaban Bill y Payuca.

El indio cayó en la trampa, y antes de que pudiera reponerse de la sorpresa, Bill lo había tumbado y apretándole con fuerza contra el suelo, le decía:

—Tendrás que decirnos todo lo que sabes o te mataremos.

—¿Dónde está el tesoro? — preguntó el impaciente mestizo.

—No sé nada.

—Si no nos dices la verdad, morirás. Jamás permitiré que aprovechen del tesoro esos bribones que tú proteges. Vamos, habla. ¿Dónde está la riqueza escondida.

El indio masculló una maldición en su idioma. Trató de incorporarse y logrado a medias su intento, aplicó un feroz golpe de puño al mestizo. Rodó el Payuca sangrando de la nariz y la boca y Tucapel, enardecido fuése contra Bill.

Pero Bill lo esperaba cuchillo en mano, y el infeliz indio cayó bañado en sangre. El segundo de la desaparecida banda de Resneck hincóse junto al moribundo y sacudiéndolo brutalmente quiso arrancarle en última instancia el secreto.

—¡Habla, maldito!... ¡Habla o irás a parar a los quintos infiernos!... ¿Dónde está el tesoro?...

Tucapel lanzó un débil gemido y dobló su cabeza sobre el hombro. Quizás ya, aunque quisiera, no podría hablar.

Bill y el mestizo contemplaban al agonizante, cuando partió del Oeste el silbato de "Cabeza de Guanaco". Un silbato prolongado, agudo.

El mestizo incorporóse al instante y díjole a Bill:

—Huyamos. Este infeliz ya no hablará y no vale la pena encontrarnos con "Cabeza de Guanaco"...

Volvió a oírse el silbato dos, tres, cuatro veces. "Cabeza de Guanaco" ignoraba que Tucapel no lo escuchaba.

XVII

¡TUCAPEL!...

¿QUE LE OCURRIRA A JOE?

JOE estaba triste. Andaba cabizbajo por la senda olvidada, deteniéndose a cada trecho para mirar hacia atrás. Parecía que allá, a lo lejos, dejaba algo que lo ataba; algo que le obligaba a recordarlo constantemente. ¿Qué le ocurría a Joe?...

Joe pensaba en Aluminé. Llevaba en su retina la imagen de la bella hija de "El Guapo" y lamentaba no haberse quedado toda la noche contemplándola.

Joe estaba decidido a pedir consejo a su amigo Tucapel. Al llegar a la choza le causó extrañeza el no ver fuego a la entrada, como acostumbraba a hacerlo el indio para calentar el agua con que preparaba su verde brebaje y más se extrañó al no encontrarlo allí ni en los alrededores.

—¡Tucapel!... —llamó a grandes voces— ¡Tucapel!...

Pero nadie respondió. Entonces prosiguió su camino hasta llegar justamente al lugar en que el indio había sido atacado por Bill y el mestizo.

Joe detúvose junto a una gran mancha de sangre. Agachóse para examinarla, y al recorrer el terreno con la vista, descubrió a pocos pasos el raído sombrero del indio y su vincha.

—¡Lo han asesinado!... ¡Lo han asesinado!

Al retornar a la choza habló a sus camaradas del hallazgo y todos tuvieron una lágrima para el amigo leal que había desaparecido. El pequeño Jack, que escuchaba la narración impresionado, preguntó a su padre:

—¿Y tiene que haber muerto?... ¿No estará herido? ¿No podremos salvarlo?...

El inocente niño, protagonista de hechos heroicos no podía conformarse con la noticia de la muerte de Tucapel. Pero, desgraciadamente, todo inclinaba a creer que el fiel araucano había sido víctima de los bandoleros del Norte. Así lo pensaban Dick, Jimmy el Pallenead... dido, Eleonor y Joe Mc. Lean.

XVIII

EL FANTASMA

EL ALMA DEL INDIO ARAUCANO

DESCANSABAN los tres camaradas y la mujer y el niño, cuando partió de la noche un lamento angustioso. Era una mezcla de contenido llanto, de grito de dolor, de quejido prolongado.

Los tres hombres dejaron la choza y salieron al campo con sus linternas y sus armas. No vieron a nadie. Permanecieron quietos un instante con las linternas apagadas y de nuevo el grito desgarrador dejóse oír. Venía del Oeste. Y allá, a lo lejos, entre las nieves de la cordillera, surgió una figura humana envuelta en blanco manto e iluminada de vivo resplandor.

Los tres hombres se estremecieron. La noche los sorprendía con un terrible misterio.

En el campo abierto, donde hicieron alto, Bill y el mestizo hallábanse entregados al sueño. De pronto, un silbato agudo los despertó.

—¡"Cabeza de Guanaco"!...

—¡Así lo partiera un rayo!...

El silbato horadó de nuevo las tinieblas, y entonces, los dos hombres experimentaron una tremenda sensación de miedo. Allá a lo lejos, entre las nieves de la cordillera, elevábase una figura blanca, espectral, iluminada por una extraña luz.

—¡Cabeza de Guanaco! — dijo Bill, con voz temblorosa.

—¡El ánima de Tucapel!... — tartamudeó el mestizo, al tiempo que se persignaba.

La figura se borró en la oscuridad, pero los dos hombres no pudieron recuperar el sueño.



"EL BANDIDO huyó llevándose a Aluminé la hija de "El Guapo"...

A la mañana siguiente, al referirse a la misteriosa aparición, el incrédulo Bill sonreía:

—¡Bah!... Ha sido una pesadilla. Veremos si el fantasma se atreve esta noche.

El mestizo Payuca nada dijo, porque interiormente, temía incurrir en falta y provocar la ira del aparecido, pues el mestizo creía a pies juntillas en que el fantasma era el ánima de Tucapel.

El próximo sábado publicaremos el VI episodio, titulado:

"LA CUEVA DEL FANTASMA"

(1) Milton Harvey llama "provincia" a la gobernación de Los Andes, y desvirtúa hasta cierto punto la leyenda de los Césares, puesto que los cuatro aventureros partieron, en efecto, del fuerte Sancti Spiritu y llegaron a Catamarca, desde donde regresaron al citado fuerte del Carcarañá, donde se encontraron con la tragedia de Lucía Miranda, la muerte de Nuño de Lara, sucesor interino de Gaboto, y el asesinato de los soldados castellanos por los salvajes ribereños. Los cuatro expedicionarios partieron nuevamente en dirección a Calchaquí, dirigiéndose hacia el Sur hasta llegar a la región magallánica. De allí partieron hacia el Cusco. (NOTA DEL TRADUCTOR).

















BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA por JIMMY MURPHY



























EN EL LEJANO NORTE

por Mamin Sibiriak


"Los lobos terminarían con el pobre Alexis..."

El anciano Alexis estaba acostado sobre un banco, tapado con su vieja y gastada pelliza. No tenía ganas de levantarse porque le dolían las piernas y la espalda y, aparte de eso, hacía mucho frío.

De repente su oído percibió un leve rumor del otro lado de la puerta.

—Ya te voy a dar, Musgarko — gruñó el viejo — arrebujándose en su pelliza.

El perro dejó por un momento de arañar la puerta con sus garras; pero luego se oyó su ladrido prolongado y quejumbroso. El anciano se levantó refunfuñando, se acercó a tientas a la puerta, la abrió y quedó perplejo: todo estaba cubierto con una gruesa capa de nieve que seguía cayendo en blancos y esponjosos copos.

—Bueno, Musgarko, se terminó el verano — dijo Alexis exhalando un profundo suspiro, ¿Qué le vamos a hacer, amigo?

El perro penetró de un salto en el interior de la cabaña, seguido por su amo, que enseguida procedió a encender el fuego.

Entretanto despuntó el día. Musgarko permanecía inmóvil junto a la puerta sin quitar la vista de su dueño. Pero, puesto que hasta la paciencia canina tiene su límite, al cabo de un rato ladró levemente.

—En seguida, no te apures — contestó el anciano, poniendo en el fuego una olla con agua.

Musgarko se acostó en el suelo y, apoyando la cabeza en sus patas delanteras, siguió con la mirada todos los movimientos de su amo. Cuando lo vió ponerse la pelliza, el perro se precipitó hacia la puerta, lanzando un alegre ladrido.

—Con razón me dolía la cintura desde ayer — decía Alexis a Musgarko por el camino. — Era por el cambio del tiempo; ¿ves cómo cae la nieve?

Caminando se acercaron al río donde estaba amarrado un bote. El perro fué el primero en saltar sobre la proa y, después de apoyarse con sus patas delanteras en la borda, miró río arriba y chilló alegremente.

—¿Por qué te pusiste contento? — gruñó el viejo con tono bonachón. A lo mejor no se pescó nada.

El bote se deslizaba a lo largo de la orilla, impulsado por la mano de su tripulante. Cuando llegó al lugar donde había colocado su red, el anciano empezó a sacarla con suma precaución. La pesca resultó ser buena.

—¿Te gusta el pescado? — preguntó el hombre a su perro. Aguarda; hoy vamos a preparar una sopa riquísima. Y ahora vámonos a casa. Sacaremos el pescado y luego lo venderemos. Pronto llegará el "obos" que nos traerá pan, sal y pólvora.

Lástima que nuestra cabaña se está arruinando, Musgarko.

Una vez de vuelta, Alexis empleó casi el corto día otoñal en arreglar su pobre vivienda del mejor modo posible, para lograr que resistiera los rigores del invierno. Terminada su tarea, se sentó en un tronco de árbol y se entregó a sus cavilaciones. El perro estaba a sus plantas.

—Te has vuelto viejo, Musgarko — dijo el anciano acariciándole el lomo. Tus dientes ya no son tan agudos y tus ojos perdieron el brillo de antes; por lo visto pronto sonará la hora de morir para nosotros.

El perro se apretó con fuerza contra su amo, pestañeando con aire triste, mientras que el hombre, clavada su mirada en el río, evocaba el pasado.

Se acordó de su infancia en una lejana aldehuela silvestre, cuya población vivía de la caza. Alexis, desde su más tierna edad, acompañaba a su padre en sus correrías por el bosque y después, cuando se casó, continuaba ocupándose de la caza. Pero la epidemia de cólera se llevó de pronto a su esposa y a sus tres hijos. Alexis, desesperado por el infortunio, no volvió a casarse y se entregó con más ahinco a la turbulenta vida del cazador. Un día, habiendo atacado a un oso, fué embestido por él y, aunque salvara su vida en esta lucha desigual, quedó inválido e imposibilitado para seguir cazando. En estas circunstancias el infortunado se dirigió a unos ricos negociantes en pieles, a quienes solía vender antes el producto de su caza, pidiéndoles le proporcionaran algún empleo.

—¿Conoces el camino que conduce al río Pechora? — preguntóle uno de los ricachos. Allí se necesita un guardián. Vivirás en el bosque y tu único cuidado será el de atender una vez por año al "obos" que pasa por aquel camino. Vamos a proveerte de víveres, vestimenta y de lo necesario para la caza.

—Es muy lejos — dijo Alexis, titubeando. No hay una sola vivienda en cien kilómetros a la redonda.

—Esto es cosa tuya; elige lo que más te agrade: perecer de inanición en tu aldea o llevar la vida de gran señor en el bosque.

Después de una breve meditación, Alexis aceptó el puesto de guardián. Los negociantes no cumplieron su promesa y, después del primer año, dejaron de mandarle lo convenido; a consecuencia de lo cual Alexis tuvo que adquirir todo con el dinero que ganaba con la pesca y la caza. Pasaron varios años y llegó la triste vejez solitaria. La única preocupación del anciano consistía en el temor de que en la aciaga hora de su muerte no hubiera quien lo enterrase.

II

Antes de la llegada del "obos" Alexis tuvo ocasión de salir varias veces de caza y mató treinta yuntas de perdices.

—Ahora tendremos con qué comprar pólvora y municiones. — decía a su perro — y hasta que el "obos" vuelva del Pechora, prepararemos algo para adquirir víveres. Lo principal es conseguir cuanta más sal. Si la tuviéramos en suficiente cantidad, no habría en el mundo nadie más rico que nosotros.

La sal constituía la continua preocupación de Alexis. Sacaba poco provecho de su pesca, porque en vez de salar el pescado, se veía obligado a secarlo al sol y a venderlo por eso más barato. Pero la sal cuesta mucho en el Norte y el viejo no tenía posibilidad de hacer grandes provisiones de ella.

A medida que avanzaba el invierno, la impaciencia del anciano crecía, pues ya carecía de pan y se alimentaba con pescado seco.

El "obos" llegó de un modo completamente inesperado. De noche, mientras Alexis dormía, resonó el chirrido de los carros y se oyó el grito:

—¡Ea, abuelo! ¿Vives aún? Atiende a los huéspedes. Hace mucho que no nos hemos visto.

Lo que más asombró al anciano fué el hecho de que la llegada del "obos" pasara inadvertida para Musgarko. Generalmente el perro sentía la aproximación de los carros cuando estos se encontraban aún a dos kilómetros de distancia.

—Musgarko, — exclamó Alexis en el colmo del asombro. — ¿Qué te pasa? ¿No te diste cuenta de la llegada del "obos"?

El perro, que estaba acostado debajo del banco, salió con aire avergonzado, lamió la mano de su patrón y volvió a deslizarse a su escondite.

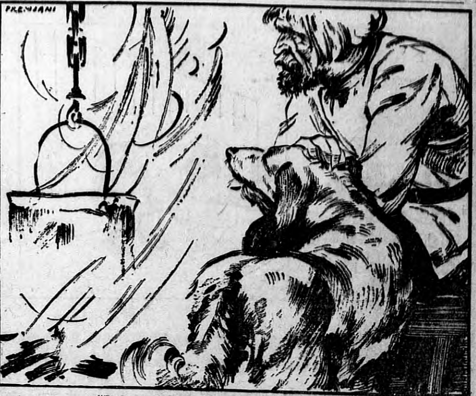
—Eres muy viejo ya — pronunció Alexis con tono triste.

El "obos" estaba formado por cincuenta carros, cargados de pan, sal y aparejos de pesca, con destino a las poblaciones situadas a la orilla del Pechora. En el bosque, custodiado por Alexis, hizo alto para dar descanso a los hombres y a los caballos. Los carreros se acostaron en seguida y no tardaron en quedarse profundamente dormidos, mientras que el jefe del "obos", un joven que hacía su primer viaje, conversaba con el anciano.

—¿No tienes miedo de vivir aquí, abuelo?

—¿De qué voy a tener miedo? Estoy acostumbrado a vivir en el bosque; y además, tengo un perro que me hace compañía. En invierno nos acosan los lobos, pero Musgarko me advierte cuando se acercan. Es un perro sumamente inteligente: es como un hombre, sólo que le falta la palabra. Yo siempre converso con él, de lo contrario casi podría olvidarme de hablar.

—Hará cosa de diez años, seguía yo la pista de los ciervos, ayudado por un perro que traje de mi aldea. Caminábamos los dos por el bosque, cuando de repente, de entre los matorrales, saltó a mi encuentro Musgarko, lo cual me extrañó mucho, pues los perros de estas regiones no acostumbran a demostrar afecto a un hombre desconocido, y me dí cuenta de que se trataba de algo anormal. Resolví seguir al animal, que me miraba con una expresión inteligente en los ojos; me condujo a una choza, donde yacía un hombre enfermo. Al verme demostró alegría, pero no pudiendo ya hablar, trató de explicarme por las señas. Pronto murió el pobre y lo enterré en la nieve. El perro quedó para mí y le dí el nombre de Musgarko, por el río en cuya orilla murió su amo. Es muy inteligente: ¿crees que no comprende que ahora hablamos de él? Todo lo entiende perfectamente.


"Te has vuelto viejo, Musgarko — dijo el anciano"

—¿Y por qué está acurrucado debajo del banco?

—Tiene vergüenza por no haber advertido la llegada del "obos". Dos veces me salvó de las garras de los osos.

Alexis, muy contento de tener por fin un interlocutor, le relataba las incidencias de su vida solitaria.

—En primavera, amigo, es una fiesta para mí ver llegar las bandadas de aves. ¡Si vieras en qué cantidad vienen!... Parecen nubes; hay de todo: patos y gansos silvestres, gaviotas, chochas, colimbos... No hay mejor animal en el mundo que el ave de paso.

Vuelan miles y miles de kilómetros, vienen cansadas y se ponen contentas al ver estos lugares. Pero a penas descansan uno o dos días y ya se ponen a hacer los nidos. Si vieras cómo los construyen; mejor que un hombre. Más tarde las madres con sus crías van a nadar en el río; qué cuadro más hermoso y alegre... En otoño se juntan en bandadas para emprender el regreso. Se preparan como hombres: conversan a su modo, vuelan de un lado a otro con aire preocupado, dan consejos a los más jóvenes. Al rayar el alba se ponen en camino; el caudillo vuela adelante. Algunas aves quedan aquí: son las más débiles. Da pena verlas y las mato por consideración, porque han de perecer de todos modos... Lo único que me falta, amigo, es un gallo. Las noches invernales son muy largas aquí y el gallo me diría la hora.

—A la vuelta he de traerte uno, abuelo, y de los más gritones.

—¡Oh, hijo mío, qué placer me proporcionarías con ello!

A la mañana siguiente el joven dejó a Alexis pólvora, harina, sal y una camisa, y el "obos" se puso en camino.

A la vuelta del Pechora el joven le trajo un regalo.

—Aquí tienes tu reloj, abuelo, — dijo con tono jovial, entregándole un gallo.

—¡Oh, querido, cuánto te lo agradezco!

Cuando el "obos" partió de nuevo, quedaban tres en la cabaña. El viejo se deleitaba con el aspecto arrogante y la voz poderosa de su gallo. Todas las mañanas conversaba con él, mientras que Musgarko los escuchaba atento.

—¿Tienes envidia, viejo? — decía Alexis con tono burlón. Todo tu arte consiste en ladrar y no sabes cantar como el gallo.

A los pocos días el anciano notó que el perro estaba cabizbajo y parecía indispuesto. Se pasaba los días acostado debajo del banco con la cabeza entre las patas delanteras y pestañeando con aire triste. Alexis se inquietó mucho presintiendo una gran desgracia.

—Muscarko, querido, ¿qué te pasa? — dijo con tono cariñoso. —¿Te duele algo?

El perro se arrastró meneando débilmente el rabo hacia su amo, le lamió la mano y aulló lastimosamente.

III

El viento helado recorre el bosque rugiendo como un lobo hambriento y enterrando la cabaña de Alexis bajo montañas de nieve. Hace quince días que el anciano no sale de su casucha cuidando al perro enfermo que sigue acostado y respirando con dificultad.

—Querido mío — llora el viejo — ¿Qué es lo que te duele?

Musgarko no le contesta nada presintiendo su fin.

Alexis solloza desesperado sin poder ayudarle abrumado por el peso de la desgracia... Con Musgarko desaparecía su última esperanza y no le quedaba más que la muerte, pues sus provisiones de pan apenas si le alcanzarían hasta la mitad del invierno; sin el perro le sería imposible cazar para procurarse alimentos. En varias ocasiones Musgarko salvó la vida de su amo arriesgando la suya en los encuentros con las fieras...

A los pocos días murió Musgarko. Era una noche de frío intenso y Alexis dormitaba; de pronto experimentó un dolor punzante en el corazón. El anciano se despertó sobresaltado, encendió una astilla y se acercó al perro; éste yacía muerto. Alexis se sintió desfallecer, pues esto significaba su propia muerte inminente.

—Musgarko, Musgarko — repetía el desdichado anciano con voz entrecortada por sollozos — ¿Qué haré sin ti?

Para que los lobos no pudieran comerse el cadáver del perro, Alexis lo enterró en la despensa. Durante tres días cavó la tierra helada hasta que por fin hizo una fosa en la que colocó a su fiel amigo llorando a lágrima viva.

El viejo quedó solo con el gallo pensando continuamente en Musgarko y lamentando su muerte. Se sentía muy solo, pues no tenía con quien conversar. Todo le parecía odioso en su cabaña y por fin tomó la resolución de abandonarla y de volver a su pueblo natal. Preparó provisiones para unos cinco días, se despidió de la tumba de Musgarko y se puso en camino llevándose el gallo en una cesta. El viaje resultó sumamente difícil para el anciano y a los veinte kilómetros se sintió extenuado y tuvo que hacer alto. Excavó en la nieve un agujero profundo, lo llenó de piñas secas, encendió la hoguera, comió un pedazo de pan y se acostó poniendo a su lado la cesta con el gallo. Rendido por el viaje pronto quedó dormido. Lo despertó el grito del gallo.

—Los lobos—pasó por su mente.

El anciano quiso levantarse pero a pesar de los esfuerzos que hacía no pudo moverse ni abrir los ojos... El frío lo paralizaba. De repente a los oídos de Alexis llegó el ladrido asaz conocido: parecía como si cerca de él, debajo de la tierra, ladrara Musgarko. Si es él... Se acerca más y más.

Una ráfaga de viento helado estremeció los pinos y los copos de nieve cayeron de sus ramas sobre el cadáver de Alexis.

Al amanecer no quedó ni rastro de su cuerpo.

Maquinista de la Línea Central

por Alberto Polledo

CUANDO Carlitos cumplió once años, su tío Ramón lo llevó consigo. Carlitos no tenía padre, había muerto hacía seis meses, y él conservaba aún la enorme tristeza que le causara su muerte.

¡Cómo había querido a su padre, y cómo seguía queriendo su recuerdo!

Sentía por él un cariño orgulloso y profundo. Veíalo aún — y lo vería siempre así — con su blusa azul y su gorra de visera, siempre alegre, cantando en las mañanas junto con los pájaros, dándole bromas a su madre y devorando con hambre de salud su plato de sopa y su panecillo. Listo para el trabajo de todos los días, levantábalo en sus brazos durante la despedida y con tiernas recomendaciones para que obedeciera a su madre le alisaba cariñosamente los cabellos. Luego partía, con su sonrisa optimista, con su sana voluntad de trabajo, y Carlitos lo miraba alejarse, con paso rápido a lo largo de la calle familiar, para perderse luego en la vuelta de alguna esquina.

Eran felices, tanto, que ya iba siendo proverbial su felicidad, hasta el punto que en el barrio se hacía alusión a ella por cualquier causa.

A su madre solían inquietarle esas cosas, insinuaba a veces con su voz dulce y velada que era molestar a Dios recordarle siempre sus beneficios, y una secreta angustia lastimaba su pecho. Cuando temerosa expresaba sus sentimientos, la risa franca y bonachona de su padre disipaba cualquiera nubecilla de mal presagio.

En su casa había amor, armonía y pobreza, tres cosas gratas al Señor, ¿por qué razón había que temer al destino? No estaba mal que los vecinos hicieran el comentario, tal vez en algo les sirviese el ejemplo, y el espectáculo de la felicidad labrase la de ellos. Cuando así se hablaba, su madre, con gesto bondadoso, solía decir: que así sea.

"Inicia un largo viaje en ferrocarril"...

Estos recuerdos estaban vivos en el corazón de Carlitos. Estos y muchos otros, que antes fueron razón de alegría y ahora en cambio eran motivo de tristeza.

Las canciones matinales con las que su padre le anunciaba la salida del sol, la risa sonora que poblaba y daba alegría a todos los rincones del hogar; los paseos del domingo a lo largo de los muelles, las meriendas en el campo que tanto lo entusiasmaban y aquellas visitas que hacían de tarde en tarde a don José, el guardavías que tenía su casita tan verde y fragante de enredaderas. ¡Las visitas a don José no las podría olvidar nunca, aunque estuviese muriendo de viejecito!

Era en la mañana de algún domingo, pero esos domingos asoleados y luminosos de la primavera o del otoño. La voz de su padre sonaba más pura y más varonil que de costumbre, y como sabía de antemano el gusto que le daría con ello, hacía alusiones maliciosas a propósito de la soledad, al deseo de dormir que provoca en algunas personas, a la tristeza que despierta en otras, etc. A las primeras palabras ya sabía Carlitos que eran promesa de algo muy bueno, y corría al lado de su madre, afanosamente ocupada en las tareas del hogar, para que sacase del arca su trajecito azul y su corbata a lunares, blanca y roja. Era la visita al guardavías la que se le anunciaba.

Carlitos será hombre, correrán los días y los años junto a él y no olvidará nunca esos paseos domingueros que tenían todo el encanto y la ilusión de las grandes y primeras aventuras.

Su corazón de niño extremecíase de dicha como si se tratase de algún suceso fantástico. Es que en su pequeño y a la vez dilatado mundo interior las cosas más simples tomaban contornos maravillosos. Salir de la ciudad, mejor dicho, alejarse del radio poblado, significaba para él la conquista de un mundo nuevo, que era todo en su imaginación y en sus deslumbrados ojos de niño.


"Será maquinista y morirá también heroicamente"...

Don José cuidaba su puesto de guardavías, celosamente, desde hacía más de veinte años.

Su casilla de madera, en extremo reducida, sólo permitía sitio para la cama, un baúl, la mesa de pino y una silla de junco. Era tan pequeñita que Carlitos le había oído decir a su padre graciosamente, que cuando el sol entraba por ella don José salía, no había espacio para ambos.

Con todo, el sol la inundaba siempre, colándose por la estrecha ventanita, tan alegre con su marco verde, y por la puerta abierta como un pecho hospitalario.

Pero no era la pequeña habitación ni su ventana verde lo que más seducía al niño. La serie de sensaciones e impresiones que enajenaban su ánimo comenzaban desde el trayecto. Carlitos no vivía precisamente en el centro de la ciudad, tampoco en las afueras; su casa se hallaba situada en un barrio intermedio, todo de obreros, muy poblado y de edificación compacta. Para llegar al paso a nivel era necesario atravesar el suburbio, menos denso, y una zona de la ciudad que iba despoblándose paulatinamente hasta anunciar el campo. Luego la caseta del guardavías, y más lejos el horizonte y las líneas de los rieles lanzándose en su busca.

El camino se hacía cada vez más interesante; al comienzo las calles familiares del barrio no decían nada nuevo a su corazón, pero a medida que avanzaban el encanto de lo que no es habitual iba apoderándose de su ánimo y miraba con cierta ternura las pobres casitas del arrabal, algunas tan sucias y miserables que era necesario apartar de ellas la vista. Ya en las afueras de la ciudad, volvía su rostro y la divisaba inmensa y como envuelta en una niebla opaca; entonces Carlitos pensaba que las chimeneas que se erguían como mástiles y que gozaban también su descanso del domingo, ennegrecían el cielo azul entristeciéndolo, y para compensarse miraba con ojos ávidos la vasta losa azul, tan límpida en la fresca y clara mañana.

Felices con sus pensamientos y tomados de la mano llegaban a su destino. Don José los divisaba desde lejos, tal vez los delatase la visera del gorro de su padre, brillando al sol. ¡La gorra de su padre! Estaba tan orgulloso de ella que trabajo le costaba el quitársela, y no por mala educación seguramente, sino por amor, amor a su visera de charol reluciente y a las letras bordadas en oro que pregonaban su puesto en el ferrocarril, porque su padre — es necesario saberlo — fué durante quince años maquinista de la línea central.

Cuando Carlitos recuerda la casita del guardavías, piensa invariablemente en la enredadera de campanillas, cuyas flores violadas, que duermen en la noche, se abrían a su llegada en saludo de bienvenida. Recuerda también la huertecita que proveía de verduras a su dueño y el alboroto de las gallinas que escarbaban la tierra sin descanso, junto a sus pies. Recuerda también el trabajo sistemático de don José: bajar la señal primero, luego la barrera y, por último, cuando el tren se anunciaba con largo y estridente silbato, sacudir la banderilla de paso libre.

Sabía por su padre cuál era la responsabilidad del guardavías, sabía que el menor descuido podía ocasionar una catástrofe, y por esa razón la figura del viejo amigo se agrandaba ante sus ojos.

¿Cuántos días vivió y gozó Carlitos esos paseos? No puede precisar cuántos, sólo sabe que fueron muchos y muy felices...

* * *

Ahora inicia un largo viaje en ferrocarril, en el que había subido su padre tantas veces. Su tío Ramón lo lleva consigo para prepararlo a vivir. Ingresará en un colegio y más adelante lo tendrá cerca suyo en su comercio. Su madre ha ido a vivir con sus padres al campo, lleva a su hijita pequeña y espera de Carlitos muchas cosas buenas. Es muy pobre y no podría educarlo, por eso sacrifica su cariño y el deseo de tenerlo también junto a ella.

Carlitos se hará hombre y tendrá, como su padre tuvo, el corazón bondadoso y alegre.

Ahora lleva una gran tristeza recostada en el pecho, y todos los recuerdos se le vuelven melancólicos. Piensa en aquel recelo y aquel temor que atribulaba a su madre cuando nombraban su felicidad, y muy confusamente siente y comprende qué secreto instinto le hacía presentir su desgracia.

Piensa en su hermanita pequeña, en su maestra, en Ricardo, su compañero de banco, y hasta aspira con fuerza el perfume de los claveles y jazmines del patio.

Por la ventanilla del tren se cuela el aire puro del campo, en los hilos del telégrafo se balancean los pájaros libres, y las margaritas silvestres oscilan en la brisa de la mañana. El tren corre y corre hacia su destino. Carlitos empieza recién a pensar en el suyo, muy vagamente, eso sí, con su visión de niño algo madurada en la adversidad.

Observa al tío Ramón que dormita tranquilamente, balanceando su cabeza con rítmico vaivén. Es un comerciante honrado y de posición, ha de labrarle sin duda un porvenir. Carlitos mira con simpatía a ese hermano de su padre, y se promete ser bueno con él y agradecido. Cursado el sexto grado lo ayudaría de buena gana en sus tareas.

De golpe, el silbato desgarrante de la máquina lo desvía de sus pensamientos, es un paso a nivel, el convoy sigue su carrera vertiginosa, pero Carlitos ha visto rápidamente, la casilla del guardavías. Como una ráfaga de viento, el recuerdo de don José le golpea en el rostro. Las antiguas visitas matinales que hiciera con su padre. Aquella visera reluciente que los anunciaba de lejos. Un cariño orgulloso y profundo le enciende el corazón. Carlitos no será comerciante. Carlitos será maquinista como su padre, y lucirá orgulloso como él, la gorra con letras doradas y visera de charol. La que fué confeccionada expresamente para los días festivos.

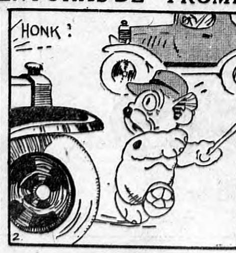
Carlitos será maquinista, y morirá también heroicamente, si es necesario, en el cumplimiento de su deber.

"En su casa había amor, armonía y pobreza"...

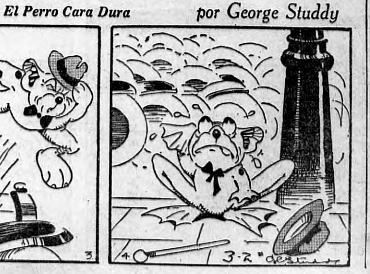
LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE "TROMPETA"

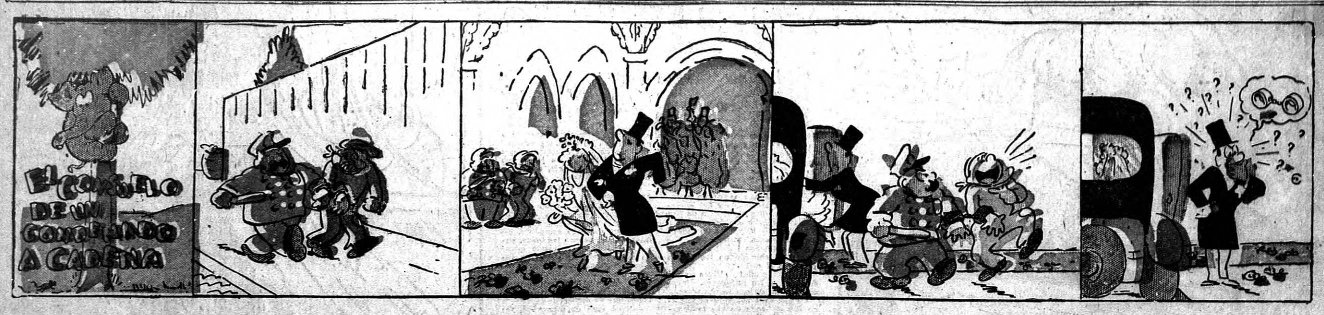
El Perro Cara Dura — por George Studdy











LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA

















